



...ía que las naciones que más próximas se encontraban a la producción de la ca de la central de energía atómica de Trombay.

do al tratado, como tampoco lo hizo la India.

Es difícil emitir ahora una condena a la India mientras no se repitan, una vez más, las condenas a los países mayores que tienen la bomba, que tienen arsenales inmensos y que no los destruyen. El tratado de no proliferación ha sido considerado por una parte como una solución provisional para evitar la guerra mundial atómica —imaginemos un conflicto tan duro, tan implacable como el de Oriente Medio, en el que tan implicados están los grandes países del mundo, potenciado por la posesión de armas nucleares por los dos contendientes—; por otra, como una forma de perpetuación de las actuales divisiones del mundo, de las zonas de influencia y del predominio de las grandes potencias atómicas. La moral de la no-proliferación sólo quedaría intacta con una destrucción masiva de los armamentos nucleares actuales y con la decisión de las grandes potencias de no fabricar más. Es algo que parece enteramente imposible aun en el futuro; en el presente, ni siquiera se puede formular. Alguna de las naciones atómicas más recientes, como Francia y China, ni siquiera consideran las limitaciones actuales que mantienen Estados Unidos y la URSS (Gran Bretaña decidió hace mucho tiempo interrumpir sus investigaciones nucleares; si las continúa, será en secreto) y experimentan sus bombas al aire libre. No tienen los dispositivos suficientes que permiten a Estados Unidos y la URSS realizar las experiencias en subterráneos.

Dentro del optimismo que supone la simple ausencia de guerra mayor en el mundo desde hace ya casi treinta años, y la cada vez más visible tendencia a resolver las tensiones mundiales por la vía del pacto y de la negocia-

ción, aun a costa muchas veces de la justicia, del reparto uniforme del bienestar y de la verdadera independencia de los pueblos, hay un pesimismo de fondo producido por el incremento continuo de las armas nucleares, que es la hipoteca más grave que tiene la Humanidad. Sobre todo, cuando la tendencia a instalarse en la tranquilidad de la coexistencia que progresa puede hacer olvidar la vigilancia de las poblaciones: los grandes movimientos pacifistas de los años anteriores y la visible resistencia de las poblaciones del mundo a dejarse conducir hacia una guerra atómica hicieron más por la paz que ninguna otra fuerza de este mundo. Otro riesgo es el de que se derive la preocupación actual por el futuro de la Humanidad, como se está haciendo, hacia las cuestiones amparadas por el nombre de la ecología o hacia los factores del desarrollo pacífico, cuando el verdadero riesgo está en el arsenal atómico. A veces, un movimiento insensato, como el de Nixon al declarar la alerta atómica en las bases de Estados Unidos en el mundo, en octubre del año pasado, puede recordarnos ese riesgo —aunque el movimiento fuese poco creíble y estuviese destinado, sobre todo, a fines políticos personales y a ejercer una presión sobre Europa—, pero se olvida con demasiada facilidad.

La explosión india, en sí misma, no añade gran cosa a este riesgo mundial, a no ser el del símbolo roto, y peor aún a la posibilidad de que estimule a otros países, vecinos o lejanos, a preparar sus propias explosiones. Simplemente puede decirse de ella que no es deseable, que añade un factor más de inquietud y que la India debería reducirse realmente a lo que políticamente ha anunciado: limitarse a la utilización pacífica del átomo. ■

# Los ConTEMporáneos

## EL PROGRESO Y LOS CONDES LAMPIÑOS

Tenia un auténtico gesto de desesperación cuando dijo: "Estoy decidido: me la corto". Di un grito de horror y me miró con gesto de español ofendido: "Me estoy refiriendo a la barba". Casi era peor. Había dejado crecer su barba con amor y orgullo, como una bandera de rebeldía, creciéndose ante las discriminaciones ("¡usted, el barbudo!"), insensible a las lágrimas de su madre, desolada por tener un hijo hirsuto. Algunas noches soñaba que su barba era manigua o jungla, por la que se abrían paso a machetazos el "Che", Lumumba o el general Giap. Y ahora se la mesaba. Ahora daba tirones de su barba.

Le pedí explicaciones. "¿No lees los periódicos?". "Sí, pero...". "Que son ellos. Ellos, los de siempre, los que ahora defienden lo que yo defendí a riesgo de todo. ¡Los lampiños! Mira, mira el conde de Montarco. Lee su artículo en 'ABC', donde dice que tiene que haber una izquierda reconocida en el país. ¡Y el conde de las Andes!". "Y el de Motrico, naturalmente". "¡Naturalmente! Los tres condes lampiños...". "Deberías estar satisfecho de que tu verdad, al fin...". "¡Satisfecho! Que se vayan a sus temas, que no salgan de ellos: a su agricultura, a su cocina, a su diplomacia...". "No encasilles a la gente. Eso es, precisamente, un vicio de la derecha. Forzar a cada uno a una actividad cerrada en un mundo cerrado, impermeable y que...". "¡No, si ya lo sabía! Si el de derechas soy yo... Terminaré yo siendo el de derechas, el retrógado, el reaccionario, y ellos, los de siempre, serán la izquierda nacional. Y no son sólo los condes lampiños. Son los editorialistas de los periódicos, los ministros en ejercicio, los ex ministros, los que van a ser ministros... Hablan de la libertad, de la democracia, de las asociaciones, del parlamento, de las elecciones, hasta de los partidos políticos... Todo va a cambiar, todo está cambiando ya, y son ellos los que se quedarán siempre en el poder". "Pero, ¿es que no sabías que eso es siempre así? Mira un poco en torno tuyo. ¿Quién es ahora el restaurador de la izquierda en Portugal? Un general con monoclo, ex combatiente de España, amigo de los

nazis en Stalingrado, consejero de sociedades capitalistas, guerrero colonial... Y en Francia: el que ha acabado con el régimen duro es el hijo de un conde, casado con una condesa, hija de una princesa...". "Sí, pero por lo menos ha pasado algo, una 'gloriosa arrancada', unas elecciones por sufragio universal... Pero aquí no pasa nada; sin que pase nada vienen los de siempre, siguen los de siempre, y ahora dicen que libertad, democracia, madurez izquierda... ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo ahora?".

Traté de tranquilizarle. Busqué argumentos. Y encontré uno que nunca falla con este tipo de pasionales: "Pero, ¿no te das cuenta que es una trampa?". Palabra mágica. En su desesperación había perdido ese autoconsuelo del progre-progre, el de considerar que todo lo demás es una trampa. "¿Trampa?" (y en sus ojos brilló una lucecita de esperanza). "Tú que presumes de leer bien los periódicos, léelos de verdad hasta el fondo. ¿Qué encuentras? ¿A quiénes detienen, a quiénes juzgan, a quiénes condenan? ¿Qué actos se prohíben? En cambio, ¿quién dice lo que quiere? Don Blas Piñar, don Julio Rodríguez... ¿Qué sería de ti a estas horas si hubieses dicho la mitad de lo que han dicho ellos? Nadie los ataca...". "Los periódicos". "Pero, ¿no te das cuenta de que se trata de un juego?". Otra palabra mágica: juego. "Sin embargo —dijo con acento verdaderamente desesperado—, ¡han prohibido el congreso nazi de Barcelona!". "Pero por una cuestión de fechas... Estaba autorizado para una fecha determinada y no se celebró...".

"Entonces...". "No te preocupes: tú serás siempre el perseguido. El marginal, el sospechoso... Sobre todo, mientras continúes llevando esa barba. Es realmente una barba inquietante, amenazadora. ¡Es la oposición! Deja que los lampiños izen al poder a los lampiños, que los condes ensalcen a los condes. Cuando necesiten una verdadera oposición, sólo estarás tú, con tu barba...". Visiblemente se sentía mejor. Me apretó la mano con fuerza convulsiva y se alejó murmurando: "Una trampa... Eso es lo que es todo. Una trampa. Y un juego, un juego, un juego...". ■

POZUELO